

el Verbo del Señor, y toda la fuerza suya en el Espíritu de su boca<sup>48</sup>. También Job: *El Espíritu divino que me hizo, y el viento todopoderoso que me conserva*<sup>49</sup>. Pero un espíritu que es enviado, que obra, que consolida y conserva no es un soplo que se disuelva, como tampoco es un miembro corporal la boca de Dios<sup>50</sup>, porque ambos son entendidos como conviene a Dios<sup>51</sup>.

### 8. La Santa Trinidad<sup>52</sup>

Nosotros creemos, por tanto, en un solo Dios, principio único sin principio, increado, no hecho, ni sufre daño ni tampoco muerte, eterno, infinito, incircunscrito, ilimitado, de poder infinito, simple, no compuesto, incorpóreo, sin fluctuación, impasible, inmóvil, inmutable, invisible, fuente de bondad y justicia, luz dotada de inteligencia, inaccesible; poder que no conoce ninguna medida, sino sólo medido por la propia voluntad (*todo lo que quiere, lo puede*<sup>53</sup>). Es Creador de todas las criaturas, visibles e invisibles, comprende en sí y conserva todas las cosas, previsor de todo, todo lo domina, todo lo gobierna, y reina sobre todo con un reino inmortal y sin fin, no tiene ningún contrario y todo lo llena, y no es contenido por ninguno, sino que, más bien, él contiene la totalidad, la conserva y la sobrepasa<sup>54</sup>. «De modo

48. Sal 32, 6.

49. Jb 33, 4. Esta cita difiere de la transmitida por la versión de los LXX: *y el viento todopoderoso que me enseñó*. Concuerda mejor con el sentido del hebreo: *el aliento del Sadai me animó*.

50. Cf. GR. DE NISA, *Oratio catechetica*, 4: GNO III / 4, p. 15.

51. Cf. Ps.-D. AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, 7, 2: PG 3, 869 A.

52. EF 8: Ps.-CIRILO DE ALEXANDRÍA, *De Trinitate*, 7-10: PG 77, 1129 D 13-1145 B 1.

53. Sal 134, 6.

54. Cf. Ps.-D. AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, 5, 8; 10, 1: PG 3, 824 B; 936 D.

inmaculado está sobre todas las esencias y más allá de todas las cosas, pero permaneciendo fuera de toda esencia, en cuanto es supra esencial, y por encima de todo, más que divino, más que bueno, todo completo; es el que define todos los principios y órdenes, el que está constituido más allá de todo principio y orden»<sup>55</sup>, por encima de la esencia, la vida, la razón y la inteligencia; la luminaria misma, la bondad absoluta, la vida en sí, la esencia en sí<sup>56</sup>, como quien no tiene el ser de parte de otro<sup>57</sup>. Y de todo lo que es, en cambio, es la fuente misma del ser para los que son, de la vida para los vivientes, de la razón para los que participan de razón<sup>58</sup>. Habiendo conocido todas las cosas antes de su creación<sup>59</sup>, es la causa de todos los bienes para todos. Una esencia, una divinidad, un poder, una voluntad, una fuerza, un mando, una autoridad, una soberanía, un reino que se descubre en tres hipóstasis perfectas, y en ellas es reverenciado con una misma prosternación. Dios es creído y adorado por toda criatura racional en estas tres hipóstasis que están unidas sin confusión y se distinguen sin cesar<sup>60</sup>, lo que también es maravilloso. Creemos en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, en los que estamos bautizados, porque de este modo ordenó el Señor bautizar a los apóstoles<sup>61</sup>: *Bautizándolos, dice, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*<sup>62</sup>.

[Creemos] en un Padre, principio y causa de todas las cosas. No ha sido engendrado por nadie, sino que es el único principio sin causa e ingénito. Por una parte, es Creador de todas las cosas. Por otra, es Padre por naturaleza de un

55. *Ib.*, 2, 3; 2, 10: PG 3, 640 B; 648 C.

56. Cf. *Ib.*, 2, 1; 8: PG 3, 636 C; 645 D.

57. Cf. *Ib.*, 5, 4: PG 3, 817 D.

58. Cf. *Ib.*, 5, 2: PG 3, 816 C.

59. Cf. *Ib.*, 7, 2: PG 3, 860 A.

60. Cf. *Ib.*, 2, 4; 5: PG 3, 641 B; D.

61. Cf. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 6, 22: SC 405, 177.

62. Mt 28, 19.

único Hijo suyo unigénito, nuestro Señor, Dios y Salvador, Jesucristo. También [el Padre] es Emisor del Espíritu Santo<sup>63</sup>. Asimismo, creemos en un Hijo de Dios, el Unigénito, el Señor nuestro Jesucristo, «quien fue engendrado del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consustancial al Padre, por quien todo fue hecho»<sup>64</sup>. Afirmamos que él es antes de todos los siglos, porque declaramos que su generación es sin principio y fuera del tiempo. Pues ¿cuándo fue conducido el Hijo de Dios de la nada al ser? Él, que es resplandor de su gloria, impronta de la hipóstasis del Padre<sup>65</sup>, la sabiduría y fuerza viviente<sup>66</sup>, el Verbo sustancial, la imagen esencial, perfecta y viviente del Dios invisible<sup>67</sup>; en cambio, siempre ha estado con el Padre y en él. Eternamente y sin comienzo ha sido engendrado, porque jamás ha existido el Padre sin que existiera el Hijo, sino que simultáneamente existen Padre e Hijo. Éste ha sido engendrado del Padre, porque no sería llamado Padre sin el Hijo. Si hubiera existido sin tener Hijo no sería Padre, y si después de esto tuviera un Hijo, con posterioridad vendría a ser Padre. Al no ser antes de esto Padre, habría cambiado desde el no ser Padre al venir a ser Padre, lo que sería mucho peor que toda blasfemia, porque no es posible decir que Dios está privado de la vitalidad natural. Por el contrario, la vitalidad que procede de sí mismo, esto es, de su propia esencia, engendra a uno semejante en naturaleza.

Ciertamente, en cuanto a la generación del Hijo, es impío decir que medió un tiempo, y que después del Padre ocurrió la existencia del Hijo<sup>68</sup>, porque confesamos que la

63. Cf. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 23, 7: SC 270, 296.

64. SÍMBOLO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO (381): DS 150.

65. Cf. Hb 1, 3.

66. Cf. 1 Co 1, 24.

67. Cf. Col 1, 15.

68. Cf. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 20, 7: SC 270, 72.

generación del Hijo procede de Él, o sea, de la naturaleza del Padre. Y si no concedemos que el Hijo desde el principio coexiste con el Padre, del cual ha sido engendrado, introducimos furtivamente un cambio en la hipóstasis del Padre, porque no siendo Padre vendría después a ser Padre. Sin duda la Creación, puesto que tuvo lugar después, no procede de la esencia de Dios. En efecto, la Creación ha sido llevada de la nada al ser por la voluntad y el poder divinos, y [en esto] no tiene lugar ningún cambio de la naturaleza divina. Por una parte, la generación consiste en sacar de la esencia de quien genera a un generado semejante en esencia. Por otra parte, Creación y Producción son hacia fuera y no son a partir de la esencia del Creador y Autor, por lo que vienen a ser absolutamente distintos con el Creador y Autor.

Pues bien, en cuanto Dios único, que se mantiene impassible, inmutable, inmóvil y siempre el mismo, también es impassible tanto al engendrar como al crear. En efecto, al ser por naturaleza impassible y sin fluctuación, simple y no compuesto, no es propenso por naturaleza a sufrir ni pasión ni fluctuación alguna, ni en el engendrar, ni en el crear. Tampoco se altera por acción alguna. Por una parte, la generación es sin comienzo y eterna, obra de la naturaleza, que sale de la esencia de Dios, para que no sufra cambio el que es engendrado, y para que no exista un Dios Primero y un Dios Posterior, y se acepte una adición<sup>69</sup>. Por otra parte, la creación por causa de Dios, al ser una obra de la voluntad, no es coeterna con Dios. Ya que a lo que es llevado de la nada al ser no le es natural ser coeterno a lo sin principio y que siempre existe. En efecto, Dios y el hombre no obran del mismo modo. El hombre, por su parte, no lleva ninguna cosa de la nada al ser, sino que lo que hace, lo hace de

69. Cf. ID., *Oratio*, 29, 17: SC 250, 214.

materia preexistente. No sólo desea la obra, sino que también la concibe, y representa en la mente lo que vendrá a ser. A continuación, obra con las manos, soportando el trabajo y la fatiga; pero muchas veces también yerra, resultando la ejecución de la cosa de modo diverso a como se planea. Dios, en cambio, únicamente con desearlo ha llevado todo de la nada al ser. Además, Dios y el hombre tampoco engendran de modo semejante. En efecto, Dios, que existe desde toda la eternidad sin principio, impasible, sin fluctuación, incorpóreo, único y sin fin, también engendra desde toda la eternidad, sin principio y de modo impasible, sin fluctuación y sin copulación. Su incomprensible generación no tiene principio ni tampoco fin. Es sin comienzo, por una parte, a causa de ser inmóvil. Por otra parte, ocurre sin fluctuación, a causa de ser impasible e incorpóreo; sin copulación, a causa nuevamente de ser incorpóreo, y porque el único Dios no tiene necesidad de otro. Pero sucede sin fin y de modo incesante por no tener comienzo, por ser desde toda la eternidad, por no tener fin y por mantenerse siempre el mismo. Ya que no tiene principio, no tiene fin. En cambio, lo que por gracia no tiene fin, no es absolutamente sin principio, como por ejemplo los ángeles<sup>70</sup>.

Por tanto, Dios, el que siempre es, engendra su propio Verbo, el que sin comienzo y sin fin es perfecto. De modo que Dios no es Padre en el tiempo, pues existe tanto por naturaleza, como por existencia antes que el tiempo. Sin embargo, es evidente que el hombre engendra en dirección contraria: obra bajo el poder de una generación corrompida y cambiante, lleva encima un cuerpo múltiple y adquiere en su naturaleza la condición de hombre o la de mujer, ya que el hombre necesita de la ayuda de la mujer. Mas nos sea

70. Cf. ID., *Oratio*, 20, 9: SC 270, 76s; ATANASIO DE ALEJAN-

DRÍA, *De decretis Nicenae Synodis*, 11: PG 25, 441s.

propicio el que está por encima de todo entendimiento y comprensión, y por encima de todas las cosas.

Enseña la santa Iglesia católica y apostólica que simultáneamente coexisten el Padre y su Hijo Unigénito, engendrado de Él desde toda la eternidad, sin fluctuación ni pasión, de modo incomprensible, como Dios único que conoce todo el universo. De la misma manera que el fuego y su luz existen a la vez, y no primero es el fuego y después de éste la luz, sino simultáneamente. Y así como la luz que proviene del fuego siempre sale y siempre está en él y de ningún modo se aleja de él, así también el Hijo que procede del Padre es engendrado y no se aleja de Él completamente, sino que siempre está en Él<sup>71</sup>. Sin embargo, la luz que procede inseparablemente del fuego y en él permanece, no tiene una hipóstasis propia, sino la del fuego, porque la luz es una especie natural del fuego. En cambio, el Hijo Unigénito de Dios tiene una hipóstasis propia distinta de la del Padre, aún cuando ha sido engendrado del Padre de modo inseparable e incesante y permanece siempre en Él.

En efecto, por una parte, se dice Verbo y Resplandor<sup>72</sup> a causa de ser engendrado del Padre sin copulación, de modo impasible y desde toda la eternidad, sin fluctuación ni separación alguna. Por otra parte, se dice Hijo e Impronta de la sustancia del Padre porque es perfecto, por estar dotado de subsistencia y por ser en todo semejante al Padre, fuera de la no generación. Pero se dice Unigénito porque sólo fue engendrado él de un único Padre. Ninguna otra generación se asemeja a la generación del Hijo de Dios, pues tampoco existe ningún otro Hijo de Dios. Asimismo, el Espíritu Santo procede del Padre, pero procede no por generación, sino por procesión. Éste es otro modo de ser de la

71. Cf. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Thesaurus de Trinitate*, 5:

PG 75, 61 BC. 72 CD.  
72. Cf. Hb 1, 3.

existencia, también incomprensible e ininteligible, lo mismo que la generación del Hijo. Así pues, todo cuanto tiene el Padre es del Hijo<sup>73</sup>, excepto la no generación. Ésta no indica una diferencia de esencia ni de dignidad, sino un modo de existencia, así como también Adán es ingénito (porque es figura de Dios); mientras que Set es engendrado (porque es hijo de Adán). También Eva fue hecha a partir del costado de Adán (pues ella no fue engendrada); sin embargo, no difieren entre ellos por naturaleza (ya que son hombres), sino por el modo de existencia<sup>74</sup>.

Es necesario ver que *increado* (*agénetos*), escrito mediante una «n», significa lo no creado, esto es, lo no venido a ser. En cambio, *ingénito* (*agénnetos*) escrito con dos «nn», da a entender lo no generado. Por una parte, según el primer significado, una esencia difiere de otra. En efecto, una es increada, esto es, *agénetos* con una «n», y otra es creada, esto es, *genêtê*. Por otra parte, según el segundo significado, no difiere una esencia de otra, porque la primera hipótesis de toda especie de vivientes es ingénita pero no es increada. Las especies de vivientes que fueron creadas por el Creador del Universo, con su palabra han sido creadas y, por tanto, no han sido engendradas, ya que no ha preexistido a ellas otro de la misma especie del que puedan haber sido engendradas.

En efecto, según este primer significado, por una parte las tres hipótesis más que divinas participan de la santa divinidad, porque existen consustanciales e increadas. Por otra parte, según el segundo significado, de ningún modo participan, porque sólo el Padre es ingénito, ya que no tiene el ser de otra hipótesis. Y sólo el Hijo es engendrado, porque está engen-

73. Cf. Jn 16, 15.

74. Cf. BAS. DE CESAREA, *Homilia*, 24, 4: PG 31, 605 C 13-D 3;

GR. NACIANGENO, *Oratio*, 31, 11: SC 250, 294.

drado de la esencia del Padre sin comienzo y desde toda la eternidad. Y sólo el Espíritu Santo es el que procede<sup>75</sup> de la esencia del Padre: no es engendrado, sino que procede. Por una parte, así enseña la Sagrada Escritura; por otra, es incomprendible el modo de la generación y el de la procesión.

Pero debemos saber que estos nombres de paternidad, filiación y procesión no han sido trasladados de nosotros a la divinidad, sino al contrario, desde allá han sido participados hasta nosotros, como dice el divino Apóstol: *Por esto doblo mi rodilla ante el Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra*<sup>76</sup>.

En cambio, si decimos que el Padre es principio del Hijo y más grande<sup>77</sup>, no damos a entender que el Padre preceda al Hijo en tiempo o naturaleza, ya que *por medio de Él hizo este mundo*<sup>78</sup>, como tampoco que sea algo distinto excepto según la causa, esto es, que el Hijo fue engendrado del Padre y no el Padre del Hijo, ya que también el Padre es naturalmente causa del Hijo; así tampoco decimos que el fuego proceda de la luz sino la luz del fuego. En efecto, cuando oímos que el Padre es principio y mayor que el Hijo nos referimos a la causa. Y así como no decimos que el fuego tenga una esencia y la luz otra, así no sólo no decimos que una sea la esencia del Padre y otra la del Hijo, sino, por el contrario, que es una y la misma. Y así como decimos que el fuego alumbra a través de la luz que llega de él y no suponemos que la luz sea un instrumento del fuego, al que ayuda, sino más bien que es una fuerza natural de éste, asimismo, decimos que todo cuanto hace el Padre lo realiza a través de su Hijo Unigénito, que no es un instrumento adecuado a su servicio, sino una fuerza natural suya dotada de subsistencia. Y así como decimos que el fuego alumbra, y

75. Cf. Jn 15, 26.

76. Ef 3, 14-15.

77. Cf. Jn 14, 28.

78. Hb 1, 2

de nuevo, que la luz del fuego alumbró, así también todo cuanto obra el Padre del mismo modo también lo hace el Hijo<sup>79</sup>. Pero mientras que la luz no posee una hipóstasis propia separada de la del fuego, el Hijo, en cambio, es una hipóstasis perfecta inseparable de la hipóstasis paterna, como hemos establecido más arriba. Mas es imposible que sea encontrada en la creación una imagen en sí misma comparable al modo de la Santa Trinidad, porque lo creado, que es compuesto, fluctuante, móvil, circunscrito y posee figura, y es también corruptible ¿cómo dará a entender lo que está completamente alejado de todo esto, la esencia divina supra esencial? Por el contrario, es claro cómo toda la creación queda sumida por entero en estas cosas, y toda ella, según la propia naturaleza, está bajo la corrupción.

Igualmente, creemos «en un Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, que procede del Padre», y descansa en el Hijo; «quien, con el Padre y el Hijo, es co-adorado y conglorificado»<sup>80</sup> al ser de la misma sustancia y coeterno. Es el Espíritu de Dios, rector, principio conductor y fuente de la sabiduría, de la vida y de la santificación. Existe como Dios y es llamado Dios junto al Padre y al Hijo; increado, completo, Creador del Universo, omnipotente, que lo hace todo, todopoderoso, de poder infinito que gobierna toda la Creación y no es gobernado, el que diviniza y no el divinizado, el que sacia y no el saciado, el participado y no el que participa, el santificante y no el santificado. Consolador, como quien comprende los consuelos del Universo. En todo semejante al Padre y al Hijo, es el que procede del Padre y a través del Hijo es participado y asumido por toda la creación, y por él mismo todo es creado y recibe el ser, es santificado y conservado. Dotado de subsistencia, esto es, exis-

79. Cf. Jn 5, 19.

80. SÍMBOLO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO (381): DS 150.

tiendo en su propia hipóstasis, es inseparable e indivisible del Padre y del Hijo, y tiene todo cuanto tiene el Padre y el Hijo fuera de la no generación y de la generación. En efecto, por una parte, el Padre es incausado e ingénito porque no procede de nadie, ya que de sí mismo tiene el ser. Tampoco algo de lo que tiene lo tiene de otro, sino más bien, Él es principio y causa para todas las cosas de su modo de ser natural<sup>81</sup>. Por otra parte, el Hijo proviene del Padre por generación, pero el Espíritu Santo, si bien proviene del Padre, no es por generación sino por procesión. Y aunque, por una parte, hemos llegado a saber que existe una diferencia entre la generación y la procesión, por otra, cuál sea el modo de esta diferencia, en ningún modo lo sabemos. Sin embargo, existen a la vez la generación del Hijo desde el Padre y la procesión del Espíritu Santo.

Pues bien, todo cuanto tiene el Hijo lo tiene del Padre y también el Espíritu Santo, incluso el mismo ser, y si el Padre no existe tampoco el Hijo, ni el Espíritu. Y si no tiene algo el Padre tampoco el Hijo, ni el Espíritu. Y por el Padre, esto es, a causa de que es Padre existen el Hijo y el Espíritu, y por el Padre tienen todo el Hijo y el Espíritu, esto es, gracias a que el Padre tiene estas cosas, fuera de la no generación, la generación y la procesión. En efecto, las tres santas hipóstasis difieren unas de otras en estas propiedades hipostáticas, y se distinguen indivisiblemente no en esencia, sino por lo característico de las propias hipóstasis.

Pero decimos que cada una de las tres personas tiene una hipóstasis perfecta, para que no entendamos que de tres hipóstasis imperfectas surja una naturaleza perfecta y compuesta. Por el contrario, una esencia simple, más que per-

81. Literalmente *de su cómo ser naturalmente*, esto es, el origen de la naturaleza de todas las cosas,

de su ser y actuar. Cf. Ps.-D. AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, 5, 5: PG 3, 820 A.

fecta y anterior a toda perfección<sup>82</sup> existe en tres hipóstasis perfectas. En efecto, todo lo que está formado de cosas im-  
perfectas es completamente compuesto. Además, es imposi-  
ble que sobrevenga una composición a partir de hipóstasis  
perfectas. Por lo cual tampoco decimos que la especie exis-  
ta fuera de las hipóstasis, sino que existe en las hipóstasis.  
Pero hablamos de cosas imperfectas, que no conservan su  
especie en el efecto ejecutado a partir de ellas. Por ejemplo,  
piedra, madera y hierro son perfectas en su propia naturale-  
za, cada una en sí misma; sin embargo, en comparación con  
la construcción que se realiza con ellas, cada una subsiste im-  
perfecta, porque ninguna de ellas es una casa en sí misma.

Así pues, declaramos perfectas las hipóstasis divinas,  
para que no entendamos una composición en la naturaleza  
divina. «En efecto, la composición es principio de divi-  
sión»<sup>83</sup>. Y de nuevo, decimos que las tres hipóstasis están  
unas en otras, para que no introduzcamos una multitud o  
comunidad de dioses. Conocemos que Dios es uno y no di-  
vidido, por decirlo así, tanto porque entre las tres hipósta-  
sis no hay composición ni confusión, como a causa de la  
consustancialidad por la cual las hipóstasis están unas en  
otras y tienen la misma voluntad y actividad, el mismo  
poder, autoridad y movimiento<sup>84</sup>. Así pues, verdaderamen-  
te un solo Dios es Dios junto con el Verbo y su Espíritu.

En cambio, es necesario saber que una cosa es la obser-  
vación por el obrar, y otra por la razón y el pensamiento.  
Por una parte, la distinción entre las hipóstasis se observa  
por el obrar (respecto a todas las cosas creadas). De este  
modo, por su obrar se observa que Pedro se diferencia de

82. Cf. *Ib.*, 2, 10: PG 3, 648 C.

83. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 40, 7: SC 358, 210.

84. *Movimiento* aquí es *kíne-*

*sis*, pero puede ser traducido como *productividad*, y se refiere a la *actividad (enérgeia)* conjunta y única de las tres personas de Dios en la esencia divina.

Pablo. En cambio, la comunidad, la unión y unidad son observadas por la razón y el pensamiento. En efecto, entendemos con la mente que Pedro y Pablo son de la misma naturaleza y que tienen una naturaleza común. Sin duda, cada uno de ellos es un viviente mortal racional y cada uno es una carne animada por un alma racional e intelectual. Así pues, la misma naturaleza común es observada por la razón. Tampoco las hipóstasis existen unas en otras, sino que cada una está separada y se distingue, es decir, se diferencia cada una en sí misma, siendo muchísimo lo que distingue a una de otra. Las hipóstasis también se contraponen por el lugar y difieren en tiempo, están divididas por el conocimiento, por la fuerza y la forma, esto es, por la apariencia exterior y la actividad, y por todas las propiedades características. Pero además de todas estas cosas, difieren en no existir unas en otras, sino que existen separadamente. Por eso se habla de dos y tres hombres, y también muchos.

Esto puede observarse en toda criatura. En cambio, respecto a la Trinidad santa y supra esencial, incomprensible y más allá de todas las cosas, sucede al revés. Allí, en efecto, lo común y el ser uno se observan por el obrar divino a causa de la coeternidad y la identidad de esencia, de actividad y de voluntad, así como por co-expirar un mismo conocimiento y autoridad, y por la identidad de poder y bondad. No digo semejanza, sino identidad.

Además, el que sean uno es el ímpetu del movimiento. Ciertamente, una es la esencia, una la bondad, uno el poder y una la voluntad, una la actividad y una la autoridad; una y la misma, y no tres semejantes unas a otras, sino que uno y el mismo es el movimiento de las tres hipóstasis, «pues cada una de ellas tiene con relación a la otra el ser uno, no menor, ni con relación a sí misma»<sup>85</sup>. En otras palabras, en

85. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 31, 16: SC 250, 306.

todo son uno el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, fuera de que uno es Ingénito, otro Engendrado y otro Procedente; sin embargo, se distinguen por la reflexión. En efecto, conocemos un único Dios, y entendemos una diferencia sólo en las propiedades de la paternidad, de la filiación y de la procesión, tanto según la causa como según lo causado y la perfección de la hipóstasis, esto es, el modo de la existencia.

Así, tampoco podemos hablar de una división local en la divinidad incircunscrita, como se da en nosotros, porque las hipóstasis existen unas en otras, no como si se confundiesen, sino como quienes se poseen, según las palabras del Señor: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*<sup>86</sup>. Tampoco hay diferencia de voluntad, ni de entendimiento, ni de actividad, ni de poder, ni de ninguna otra cosa, cualquiera que sea la obra que en nosotros engendrarse por completo una distinción. Por eso tampoco hablamos de tres dioses, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sino más bien de un único Dios, la santa Trinidad. «El Hijo y el Espíritu se refieren a una única causa, y no son compuestos ni unidos»<sup>87</sup>, en contra del resumen simplista de Sabelio<sup>88</sup>.

En efecto, como decíamos, las hipóstasis divinas se unen no como si se confundiesen, sino en cuanto se contienen unas a otras. Poseen la compenetración de unas en otras sin ninguna fusión ni mezcla. Tampoco sufren cambios ni mu-

86. Jn 14, 10.

87. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 20, 7: SC 270, 70.

88. Sabelio: hereje condenado en Roma por el Papa san Calixto en el año 220. Después de condenado difundió en Libia y en Egipto el monarquianismo. Según esta herejía, Padre, Hijo y Espíritu

Santo son manifestaciones de Dios y no hipóstasis. Para Sabelio y sus seguidores, Dios es una única hipóstasis (una realidad sustancial subsistente). Según Epifanio (*Parinarion*, 62, 1), estos herejes continuaban activos en Roma y Mesopotamia hacia el año 375. Cf. M. SIMONETTI, DPA, pp. 1921-1925.

tilaciones en la esencia, según la división de Arrio<sup>89</sup>, porque la divinidad es indivisible entre aquellas cosas que sean divisibles<sup>90</sup>, y si es necesario decirlo en pocas palabras, la divinidad es una como una es la combinación y unión de la luz en tres soles que se poseen mutuamente sin separación<sup>91</sup>. De esta manera, tenemos una visión de la unidad cuando consideramos la divinidad y la primera causa, la monarquía y la unidad, y, por decir así, la igual voluntad y movimiento de la divinidad y la igualdad de esencia, poder, actividad y señorío<sup>92</sup>. Pero nos prosternamos ante la Trinidad cuando la divinidad es considerada en relación a aquellos en los que existe, o, para hablar con mayor exactitud, aquello que la divinidad es.

Así pues, las hipóstasis [del Hijo y del Espíritu]<sup>93</sup> existen eterna y continuamente a partir de la Primera Causa, y con la misma gloria<sup>94</sup>. «Un único Padre es el Padre, y sin

89. Arrio: hereje de Alejandría en Egipto. Alrededor del año 320 comenzó a divulgar sus ideas personales sobre la Trinidad. Fue depuesto como sacerdote por el Patriarca Alejandro. Arrio sostenía que Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres hipóstasis diferentes, pero que están subordinadas entre sí. Según Arrio, el Padre es una mónada absolutamente trascendente en relación al Hijo. El Hijo sería inferior al Padre en rango, gloria y autoridad. Sería dios, pero un dios segundo. El Hijo no tendría la misma esencia que el Padre, ya que habría sido creado de la nada por el Padre. Para Arrio, la noción de la naturaleza divina coin-

cide con el nombre de *Ingénito*. Por tanto, el Hijo no podría ser Dios, ya que es engendrado por el Padre. Esta herejía dividió a la Iglesia en el s. IV. Fue condenada por los concilios de Nicea I (325) y de Constantinopla I (381). Cf. ID., *Arrio-Arrianismo*, DPA, pp. 230-236.

90. Cf. Ps.-D. AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, 2, 11: PG 3, 649 C.

91. Cf. *Ib.*, 2, 4: PG 3, 640 D-641 B.

92. Cf. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 20, 7: SC 270, 70.

93. El pasaje entre corchetes aparece sólo en un manuscrito.

94. Cf. GR. NACIANCENO, *Oratio*, 31, 14: SC 250, 302-304.

principio, esto es, sin causa, porque no es de nadie. Un único Hijo es el Hijo, y no sin principio, esto es, no sin causa, porque es del Padre. En cambio, si tomas el principio fuera del tiempo, tampoco el Hijo tiene principio, porque el autor de los tiempos no está bajo el tiempo. Un único Espíritu Santo es el Espíritu, emitido desde el Padre, pero no del mismo modo que el Hijo, sino por procedencia. Ni cede el Padre el ser Ingénito, por la razón de que ha engendrado, ni tampoco el Hijo el ser Engendrado, ya que ha sido engendrado del Ingénito. ¿Cómo se diferencia entonces? El Espíritu no se transforma ni en el Padre ni en el Hijo, tanto porque ha procedido como porque es Dios, pues o bien el carácter propio es inmóvil, o bien es imposible que este carácter propio permanezca si es mutable y cambiante en otra cosa»<sup>95</sup>. Por tanto, si el Padre es Hijo, no es Padre con pleno derecho porque uno es Padre con pleno derecho. Y si el Hijo es Padre, no es Hijo con pleno derecho, porque uno es el Hijo con pleno derecho, y uno el Espíritu Santo.

Además debemos saber que no decimos que el Padre proceda de otro, sino que lo llamamos Padre del Hijo. Tampoco llamamos al Hijo ni causa ni Padre, sino más bien decimos que él es del Padre, y que es el Hijo del Padre. Asimismo, decimos que el Espíritu Santo procede del Padre y lo llamamos Espíritu del Padre. En cambio, no decimos que proceda del Hijo<sup>96</sup>, aunque lo llamamos Espíritu del Hijo

95. ID., *Oratio* 39, 12: SC 358, 174-176.

96. El Damasceno afirma a lo largo de toda su obra que la única causa-principio en la Trinidad es el Padre. Sin embargo, señala la existencia de una relación no causal entre el Hijo y el Espíritu Santo (EF 12b y EF 13). Nuestro Doc-

tor usa un lenguaje teológicamente más rico que el que se producirá por la controversia entre latinos y orientales en torno al *Filioque* y al *Monopatrisimo*. Cf. J. GRÉGOIRE, *La relation éternelle de l'Esprit au Fils d'après les écrits de Jean de Damas*, en RHE 64 (1969) 713-755.

(porque si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, nos dice el divino Apóstol, éste no es suyo<sup>97</sup>). Confesamos que por medio del Hijo se ha manifestado el Espíritu y nos ha hecho partícipes de él; porque *sopló*, dice la Escritura, y *dijo a sus discípulos: Recibid el Espíritu Santo*<sup>98</sup>. Así proceden del sol tanto el rayo como la iluminación, porque aquél es la fuente del rayo y de la iluminación. Por un lado, mediante el rayo nos hacemos partícipes de la iluminación, por otro, ésta es la que nos ilumina y es recibida por nosotros. Por último, no decimos que el Hijo sea del Espíritu, ni tampoco que proceda del Espíritu.

### 9. Lo que se dice de Dios

La divinidad es simple y no es compuesta<sup>99</sup>. En cambio, lo que está formado por muchos y diferentes es compuesto. En efecto, si al hablar de lo increado, sin principio, incorpóreo, inmortal, eterno, bueno, de lo que concierne en cuanto Creador y de otras cosas semejantes, habláramos de diferencias esenciales en Dios, entonces estaría formado de esas cosas, y no sería simple, sino compuesto, lo que es la peor impiedad. «Por tanto, es necesario pensar que cada cosa de las que se dicen sobre Dios señala no algo esencial<sup>100</sup>, sino que manifiesta o bien algo que no es, o bien una relación de las que se distinguen por oposición respecto a algo, o bien alguna de las cosas que acompañan a la naturaleza, o bien una actividad.

«Así pues, parece que de todos los nombres que se dicen sobre Dios el más propio es *el que es*, como él mismo res-

97. Rm 8, 9.

98. Jn 20, 22.

99. Cf. Ps.-ATANASIO DE ALEXANDRÍA, *De Trinitate dialogi*, 1,

c. 3: PG 28, 1121 B6.

100. Cf. Ps.-D. AREOPAGITA, *De divinis nominibus*, 1, 1; 5, 1: PG 3, 585 B; 816 B.